

PAULO
COELHO
MAKTUB



Paulo Coelho

Maktub

Traducción de Ana Belén Costas



El viajero está sentado en medio de la vegetación, mirando una casa humilde que está enfrente de él. Ya había estado allí antes, con algunos amigos, y todo lo que había notado entonces fue la semejanza entre el estilo de la casa y el de un arquitecto español, que vivió hace muchos años, y que jamás estuvo en aquel sitio.

La casa queda cerca de Cabo Frio, en Río de Janeiro, y está totalmente construida de trozos de vidrio. Su dueño, Gabriel, soñó en 1899 con un ángel que le decía: «Construye una casa de trozos.» Gabriel empezó a coleccionar ladrillos rotos, platos, porcelanas y jarras partidas. «Cada trocito, transformado en belleza», decía Gabriel de su trabajo. Durante los primeros cuarenta años, los habitantes del lugar afirmaban que estaba loco. Después, algunos turistas descubrieron la casa, y comenzaron a llevar a los amigos; Gabriel se convirtió en un genio. Pero la novedad pasó, y Gabriel volvió al anonimato. Aun así, siguió construyendo; a los noventa y tres años de edad, colocó el último trozo de vidrio. Y murió.

El viajero enciende un cigarrillo, fuma en

silencio. Hoy no piensa en la semejanza entre la casa de Gabriel y la arquitectura de Gaudí.

Mira los trozos, reflexiona sobre su propia existencia. También ella, como la de cualquier persona, está hecha de pedazos de todo lo vivido. Pero, en un determinado momento, estos fragmentos empiezan a tomar forma.

Y el viajero recuerda un poco de su pasado, viendo los papeles en su regazo. En ellos están los pedazos de su vida: situaciones vividas, párrafos de libros que siempre recuerda, enseñanzas de su maestro, historias de los amigos, fábulas que le contaron alguna vez. En ellos, hay reflexiones sobre su época y sobre los sueños de su generación.

De la misma manera que un hombre soñó con un ángel y construyó la casa que está ante sus ojos, él intenta ordenar esos papeles, para comprender su propia construcción espiritual. Recuerda que, cuando era niño, leyó un libro de Malba Tahan titulado *Maktub* y piensa: «¿Debería hacer yo lo mismo?»

Dice el maestro:

Cuando presentimos que ha llegado la hora de cambiar, comenzamos, inconscientemente, a repasar la película de nuestras derrotas hasta ese momento.

Está claro que, a medida que envejecemos, nuestra cota de momentos difíciles es mayor. Pero, al mismo tiempo, la experiencia nos ha dado medios para superar estas derrotas y encontrar el camino que nos permite seguir adelante. También es preciso poner esta película en nuestro vídeo mental.

Si sólo vemos la película de las derrotas, nos quedaremos paralizados. Si sólo vemos la de la experiencia, acabaremos creyendonos más sabios de lo que realmente somos.

Necesitamos las dos películas.

Imagina una oruga. Pasa gran parte de su vida en el suelo, viendo a los pájaros, indignada con su destino y con su forma. «Soy la más despreciable de las criaturas –piensa–. Fea, repulsiva, condenada a arrastrarme por la tierra.» Un día, sin embargo, la Naturaleza le pide que haga un capullo. La oruga se asusta, nunca antes había hecho un capullo. Piensa que está construyendo su tumba y se prepara para morir. Aunque indignada con la vida que ha llevado hasta entonces, se queja de nuevo a Dios. «Cuando por fin me he acostumbrado, Señor, me quitas lo poco que tengo.» Desesperada, se encierra en el capullo y espera el fin. Algunos días después, se ve transformada en una linda mariposa. Puede pasear por el cielo y ser admirada por los hombres. Se sorprende con el sentido de la vida y con los designios de Dios.

Un forastero buscó al padre Pastor en el monasterio de Sceta.

–Quiero mejorar mi vida –dijo–. Pero no consigo dejar de pensar en cosas pecaminosas. El padre Pastor se dio cuenta de que fuera hacía viento y pidió al forastero:

–Hace calor aquí. ¿Podrías coger un poco de viento de fuera, y traerlo para refrescar la sala?

–Eso es imposible –dijo el forastero.

–También es imposible dejar de pensar en cosas que ofenden a Dios –respondió el padre–. Pero si sabes decir que no a las tentaciones, no te causarán ningún daño.

Dice el maestro:

Si hay que tomar una decisión, es mejor seguir adelante y atenerse a las consecuencias.

No sabrás de antemano cuáles serán esas consecuencias.

Las artes adivinatorias fueron hechas para aconsejar al hombre, y no para predecir el futuro. Son excelentes consejeras, pero pésimas profetisas.

Di la oración que Jesús nos enseñó:

«Hágase Tu voluntad.» Cuando esa voluntad supone un problema, trae consigo una solución.

Si las artes adivinatorias predijesen el futuro, todos los adivinos serían ricos, felices y estarían casados.

El discípulo se acercó al maestro:
–Durante años he buscado la
iluminación –dijo–. Siento que estoy cerca.
Quiero saber cuál es el paso siguiente.
–¿De qué vives? –le preguntó el maestro.
–Todavía no he aprendido a ganarme la vida;
me ayudan mi padre y mi madre. En cualquier
caso, es un detalle insignificante.
–El paso siguiente es mirar al sol durante medio
minuto –dijo el maestro.
El discípulo obedeció.
Al acabar, el maestro le pidió que describiese el
campo a su alrededor.
–No puedo verlo, el brillo del sol cegó mis ojos
–respondió el discípulo.
–Un hombre que sólo busca la Luz, y deja sus
responsabilidades a los demás, acaba por no
encontrar la iluminación. Un hombre que
mantiene sus ojos fijos en el sol acaba por
quedarse ciego –comentó el maestro.

Un hombre caminaba por un valle de los Pirineos cuando se encontró con un viejo pastor. Compartió su comida con él y pasaron un largo rato conversando sobre la vida. El hombre decía que, si creyese en Dios, tendría que creer también que no era libre, ya que Dios dirigiría cada uno de sus pasos.

Entonces el pastor lo llevó hasta un desfiladero donde se podía escuchar, con toda nitidez, el eco de cualquier ruido.

—La vida son estas paredes y el destino es el grito de cada uno —dijo el pastor—. Todo aquello que hagamos será llevado hasta Su corazón, y nos será devuelto de la misma forma.

«Dios acostumbra a actuar como el eco de nuestras acciones.»